

ÑOQUIS Y POLITICA

Oscar Oszlak

Las manifestaciones públicas de los candidatos que compitieron en la contienda electoral de 1987 ya habían marcado los estilos discursivos del gobierno y la oposición. Resultaba claro por entonces que las referencias temporales de las propuestas (pasado, presente, futuro) y la naturaleza del agente histórico que las materializaría, cambiaban según el político que encarnaba cada visión. En ese contexto, Menem disputa la interna justicialista para la designación del próximo candidato presidencial, aferrándose a un discurso que rompe con la dualidad determinismo-voluntarismo en que se movían las propuestas del radicalismo y la renovación peronista.

*Nos preguntábamos, en esos días, si un discurso fundado únicamente en la intervención del azar, de la buena fortuna, podía tener el grado de apelación suficiente para atraer a un sector importante del electorado. Escribí este ensayo con la idea de exponer una tesis sociológica que podía explicar tal adhesión, al margen del pintoresquismo de la ñoqueada y la apelación a **seguir**, sin promesas tangibles, a un líder cuyo mayor capital político parecía consistir en ser un hombre de suerte.*

*Algunos intelectuales de la renovación peronista me comentaron por entonces que el artículo había suscitado un interesante debate interno entre los responsables de la Revista **Unidos**. El resultado electoral demostraría que la tesis no era infundada.*

Pocos días atrás, los inadvertidos transeúntes de esta ciudad nos vimos sorprendidos por un nuevo despliegue de imaginación puesta al servicio del proselitismo político. Afiches callejeros con la imagen de un suculento y colorido plato de ñoquis, portaban una leyenda por demás sugerente: "*Suerte Menem, Suerte Argentina!... Con los ñoquis del 29*". Más allá de la contundencia visual del medio elegido, el contenido simbólico del mensaje inauguraba un nuevo tipo de apelación política a potenciales votantes. No se trataba sólo de un estilo diferente de publicidad sin además, de una propuesta a los electores que incorporaba una novedosa dimensión al desarrollo de los procesos políticos: la intervención del azar.

Por cierto, no estoy sugiriendo que el azar haya sido hasta ahora un ingrediente ajeno a la política. Podríamos remontarnos a Tucídides y el imperialismo ateniense para apreciar hasta qué punto, ya en aquellos tiempos, se reconocía la intervención de la **fortuna** como una fuerza no sujeta al control humano que interfería el vínculo entre la acción política y sus consecuencias. La novedad consiste en que hasta ahora, el discurso político de los principales contendientes por el sillón presidencial se movía entre un realismo no exento de cierta dosis de determinismo (si no fatalismo) y, en el otro extremo, propuestas de neto corte voluntarista.

Esta dicotomía discursiva se vio descarnadamente reflejada en el debate Casella-Cafiero previo al 6 de setiembre y en los ejes argumentales de sus respectivas propuestas.

Ahora, con el ingreso de Angeloz a esta nueva instancia eleccionaria, el realismo discursivo del radicalismo se acentuó, aun cuando disminuyó el compromiso por la reivindicación de la gestión gubernamental y se rescató, una vez más al futuro como dimensión temporal significativa. El discurso del peronismo renovador, a su vez, continuó demostrando su preferencia por obviar la exaltación de su propio y controvertido pasado, y destacar en cambio su voluntad de erigirse en una fuerza política capaz de imprimir audacia a la gestión de gobierno.

En este contexto, la incorporación de Menem al primer plano de la política nacional, montado en una estrategia discursiva, de construcción de imagen personal y de creación de nuevos rituales y símbolos (como el menemóvil, la ñoqueada o los rallies automovilísticos), no puede dissociarse de ciertas características singulares de la sociedad argentina que ayudarían a comprender por qué, contradiciendo la innegable mayor madurez de nuestra cultura política, este tipo de apelaciones sigue encontrando ecos reafirmadores.

Creo que más allá de la composición social y política del país, más allá de las preferencias o convicciones partidarias e ideológicas de sus ciudadanos, hay un duro dato sociológico que le otorga a la Argentina una especificidad propia en su comportamiento político. La nuestra es tal vez la única sociedad contemporánea que ha experimentado un fuerte descenso de su bienestar y prosperidad económica, luego de haber conocido épocas más pletóricas.

Recordar -como lo hacemos a menudo- que ocupábamos el sexto lugar en el "concierto de las naciones", que hoy podríamos parecernos a Canadá o Australia, o que a pesar de la declinación experimentada después de los años treinta, pudimos inaugurar una economía de bienestar, no es simplemente un ejercicio nostálgico. Este país arrastra la frustración y el encono que resultan de la pérdida de posiciones en la escala social y en los beneficios del desarrollo económico. Nuestro pueblo había asimilado una cultura de la movilidad social y el progreso material, hecha posible tal vez por largos años de redistribucionismo populista pero, también, por políticas públicas enmarcadas en un contexto local e internacional propicio.

Este descenso, provocado por el agotamiento de modelos económicos, por el vaciamiento del discurso demagógico, por el sistemático sesgo regresivo de los esquemas autoritarios y, actualmente, por la crítica coyuntura actual en el plano internacional, se vio acompañado durante muchos años por otro rasgo singular de nuestra sociedad: la periódica ocurrencia de las más drásticas redistribuciones del ingreso y la riqueza de que se tenga conocimiento en los anales de la economía mundial. Esta sociedad vio a extensos sectores pasar del bienestar a la pobreza extrema, al tiempo que otros -sin duda más reducidos- trepaban velozmente la escala económica empujados por la especulación acertada o el negociado espurio.

Esta "conciencia" de que el retroceso existe pero no es inevitable; de que la miseria de hoy puede convertirse en la afluencia de mañana por un hecho de azar casi mágico, todavía encuentra fervorosos creyentes. Adeptos dispuestos a insistir (¿por qué no en el plano político?) en ese ejercicio tan autóctono de encomendar el futuro a la "suerte" del dólar, el PRODE, los premios en concursos televisivos o los milagros de San Cayetano. Esta porción (¿importante?) del electorado puede sentirse mejor interpretada por un mensaje sin propuestas, basado en la fé ciega en "hombres de suerte", capaces de transmitirla o compartirla con sus semejantes, que por un discurso movilizador y esperanzado de corte voluntarista o por una apelación al esfuerzo y la continuidad en el camino emprendido, a partir de avances cautos y racionales.

No sé si la imagen de hombres "de pasta", aderezada por imaginativos símbolos y

rituales, es capaz de suscitar hoy, en la Argentina, la adhesión de una fracción considerable del electorado. De lo que no cabe duda es que para muchos la colocación de la "estampita" de un caudillo bajo un plato de ñoquis en un día 29, ha incorporado a la "timba" como factor decisivo en el desenlace de los procesos políticos argentinos.